

LA HISTORIOGRAFIA URUGUAYA CONTEMPORANEA

NELSON MARTINEZ DIAZ
Universidad Complutense

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Este trabajo no intenta esbozar una historia de la historiografía uruguaya, puesto que un ensayo tal suscitaría un conjunto de problemas que no puede abordarse en las dimensiones de un artículo. Pero es posible, en cambio, identificar ciertos rasgos, determinados matices interpretativos, zonas privilegiadas por la investigación y pautas metodológicas visibles en parcelas importantes de la producción histórica. De todos modos, la tarea implica riesgos al exigir, por fuerza, una selección entre un considerable volumen de obras cuyo contenido nos ofrece un haz de temas y de criterios históricos, no siempre demasiado precisos, que resulta imprescindible sistematizar para establecer un balance de tales estudios. Va de suyo, entonces, que no aludiremos a todas las obras de un autor, ni será posible mencionar todos los historiadores, sino que nos remitiremos a aquellos trabajos que estimamos representativos de un intento por abrir líneas inéditas

de investigación en la historia uruguaya, por abordar nuevos problemas o enriquecer el horizonte de la disciplina con modernos enfoques. Acaso no sería demasiado obvio señalar que existe una cuestión adicional, planteada por la coexistencia de historiadores de la denominada «vieja escuela» —que, puede afirmarse, han impuesto un magisterio todavía presente en numerosas nociones historiográficas— junto a una línea de investigación que intenta trabajar en las direcciones seguidas por una «nueva historia», generalmente de filiación braudeliana.

Historia tradicional, o de la «vieja escuela», es la calificación destinada a subrayar una manera de entender la investigación ceñida estrechamente a los hechos, con una fuerte carga erudita, y enfatizando su intención de objetividad. En todo caso, esta declaración de principios tropieza con dificultades y, hoy en día, ya precisadas una serie de cuestiones metodológicas, aparece superada. En primer lugar, porque el historiador no puede desprenderse, sin más, de su época; como producto que es de su tiempo, refleja esta circunstancia vital en su selección de los hechos que considera importantes. Estamos en el terreno de la *histoire événementielle* a que alude Braudel, y los hombres de la «vieja escuela» pensaron que el hecho histórico hablaba por sí mismo. Pero el problema que hoy nos planteamos es: ¿quién selecciona esos hechos, en qué orden los coloca, qué criterios emplea para ello? Estos criterios son, inexcusablemente, criterios históricos; la selección no es un acto pasivo, y depende de un sistema de referencias culturales y sociales que el historiador ha adquirido en la época que le ha tocado vivir. De ésta proviene su visión del mundo, y la que se reflejaba en los historiadores del siglo XIX y comienzos del actual era muy diferente de la que anima nuestros proyectos de análisis del pasado. Otra vía, ocasionalmente seguida por el enfoque tradicional, fue la elaboración de una serie de exposiciones históricas que traslucían intenciones asépticas, penosa

muestra de erudición factual. Con frecuencia, toda una etapa de labor previa —verdadera gesta individual en archivos y bibliotecas— quedó reducida a una narración de hechos menudos, inobjetable si atendemos a la batería erudita que le sirve de apoyo, pero que se obstina en ignorar que la objetividad está inducida por un sentido, por unas opciones organizadas en la conciencia del historiador.

Decíamos que la escuela histórica tradicional ha impuesto su magisterio, y añadiremos que éste sigue pesando sobre las actuales generaciones de historiadores. Esto es visible, sin demasiado esfuerzo, en la persistencia de una cronología apegada a las sucesiones presidenciales, o, en el mejor de los casos, pautada por grandes etapas de crisis política: ambas elaboradas ya por aquellos que Carlos Real de Azúa ha denominado «los precursores» (1). Esta influencia se advierte, asimismo, en la aplicación, por la reciente historiografía, de ciertas nociones interpretativas como el antagonismo *campo-ciudad* o *Caudillos y Doctores* que, en definitiva, poseen el mismo contenido. No se trata, por supuesto, de ignorar a los predecesores. Pero esta línea que ha sido aceptada sin demasiado esfuerzo crítico por algunos investigadores de la «nueva historia», ¿posee un indiscutible contenido teórico? ¿Una larga tradición intelectual en la historia local es prueba fehaciente de que se trata de conceptos formulados sobre el análisis profundo de la realidad histórica? No parece estar demostrado con claridad. Puede afirmarse, en cambio, que responde a la visión de la historia elaborada por generaciones de estudiosos que reflejaron, en su producción intelectual, valores propios de su tiempo (2). Calificaron, de manera genera-

(1) Carlos Real de Azúa, «El Uruguay como reflexión», en: *Capítulo Oriental*, núm. 37, Buenos Aires, 1969.

(2) Los conceptos que aquí comentamos han sido esbozados por Alberto Zum Felde, *Proceso Histórico del Uruguay*, Montevideo, 1945; *Jesualdo, Artigas, del vasallaje a la revolución*, Montevideo, 1941; Juan E. Pivel Devoto y A. Ranieri de Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental del Uru-*

lizadora, un contexto histórico. Campo y ciudad eran visiones que se imponían con fuerza: estaban presentes en la existencia de caudillos que se rebelaban contra el poder central; se encuentran, incluso, en los documentos que proceden del período colonial, por la característica impresa a la fundación de ciudades. Ello no alcanza, pese a todo, para dejar establecido el valor conceptual de esta dicotomía, y acaso habría que dejar expresadas brevemente las razones que, estimamos, exigen su revisión.

Hasta hace escaso tiempo conocíamos la versión que podríamos denominar «urbana» de esta oposición entre los dos términos «campo-ciudad». Las fuentes habían sido seleccionadas por historiadores que poseían el «fetichismo del documento» de que nos habla Edward Hallet Carr (3), pero que desarrollaron, por lo general, vertientes de la historia política, institucional o jurídica; una historia, por otra parte, más descriptiva que explicativa. Pero a partir de algunas investigaciones a que nos referiremos más adelante, nos encontramos ante un adelanto de lo que podríamos considerar la opinión rural sobre los acontecimientos del pasado. De alguna manera, esta novedad alumbró nuevos niveles de comprensión histórica y, por consiguiente, comienza a erosionar algunas tipificaciones tradicionalmente aceptadas. Puede advertirse, a partir de estos trabajos, que la división trazada entre campo y ciudad es inexistente, o el acento de las diferencias no está donde se le había colocado para la época colonial, e incluso es revisable para el período decimonónico.

Esta preocupación por medir el alcance real de las contradicciones entre dos ámbitos humanos claramente distintos tiene su origen en las primeras décadas de la vida nacional. Es que los historiadores del si-

guay, Montevideo, 1945; Juan E. Pivel Devoto, *Historia de los partidos políticos en Uruguay*, Montevideo, 1942 (2 vols.).

(3) Edward H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, 1973, pág. 21.

glo XIX y aquellos que, en cierto modo, heredaron su visión del mundo histórico en la primera mitad del actual, poseían una idea del progreso muy contaminada por sus fuentes europeas, y esta idea le confería a la ciudad el papel de territorio vinculado a las pautas de la civilización, cercado por las hostiles montoneras que guiaban los caudillos rurales. Se trata de una imagen de la realidad que nace tempranamente en el Río de la Plata; acuñada por la generación argentina de 1837 —muchos de cuyos representantes se refugian en Montevideo durante la Guerra Grande—, y que plasmará en el *Facundo* de Sarmiento, donde se perciben los ecos de una concepción de la historia desarrollada por François Guizot (4). Encontrará continuadores entre los intelectuales uruguayos, y la polémica sostenida por Manuel Herrera y Obes con Bernardo Prudencio Berro en 1847-1848 (5), así como las páginas históricas de Andrés Lamas (6), son buena prueba de ello. Y es que, como ha escrito José Luis Romero: «... a la luz de las doctrinas sociológicas que por entonces se difundían desde Francia, los hombres de pensamiento descubrieron la existencia de un enigma previo a todo planteo político: el enigma de la realidad social» (7). Por consiguiente, el esquema fue aplicado a los hechos con un visible contenido político, un poco siguiendo las formulaciones del romanticismo francés, ya noto-

(4) Cfr. François Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe*, París, 1922. La tesis de Guizot —una de las lecturas preferidas por Sarmiento— es común a la historiografía liberal de la monarquía de Julio: desde la ciudad, ámbito de la burguesía, había irradiado el ideal de progreso y libertad que destruyó el feudalismo y la arbitrariedad de los señores que imponían su ley en cada región. Se trataba de la reivindicación, en suma, del papel histórico de un nuevo grupo social.

(5) Vid. Manuel Herrera y Obes-Bernardo Prudencio Berro, *El caudillismo y la revolución americana. Polémica*, Montevideo, 1966.

(6) Vid. Andrés Lamas, *Escritos políticos y literarios durante la guerra contra la tiranía de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, 1877.

(7) José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, México, 1946, pág. 130.

rias a partir de Echeverría y Alberdi. Estas ideas circularon con la intensidad que imponía una coyuntura histórica conflictiva, pero continuaron ordenando, más tarde, las interpretaciones de los historiadores hasta introducirse en algunos enfoques actuales, como ya hemos señalado.

Una afirmación similar cabe hacer sobre el concepto de *feudalismo*, que ha adquirido ya carta de ciudadanía en la historia rioplatense, pero que ha funcionado hasta ahora sin conmover las categorizaciones historiográficas vigentes. Tal vez el primero en utilizar el término «feudal» fue Mitre (8), aunque ha sido empleado también en la historia uruguaya. Pero hay que anotar que, si en los historiadores actuales su utilización responde a razones de análisis algo más prolijas, aparece, sin embargo, aplicado a estructuras de imprecisa definición.

La descripción que nos proporciona Pivel Devoto de la *estancia* como núcleo feudal se sostiene difícilmente en la comparación que con el feudalismo clásico realiza (9), aspecto éste que ha sido señalado ya por otros autores (10). Sustituyendo esta definición por una terminología más matizada —«rasgos feudales», «exacciones de tipo feudal», «feudatarios»—, el equipo de investigadores integrado por Lucía Sala de Touron, Nelson de la Torre y Julio C. Rodríguez (11), tampoco acierta a resolver las dificultades teóricas. Si estas situaciones existían, ¿cuál era su extensión e importancia? ¿Hasta cuándo predominaron? ¿De qué manera se produce la ruptura histórica con tales formas socia-

(8) Vid. Bartolomé Mitre, *Obras completas*, Buenos Aires, 1921.

(9) Juan E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811*, Montevideo, 1952.

(10) Cfr. José Pedro Barrán y Baltasar Nahum, *Historia rural del Uruguay Moderno*, t. I, 1851-1885, Montevideo, 1967, págs. 192-200.

(11) Vid. Lucía Sala de Touron, Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez, *Evolución económica de la Banda Oriental*, Montevideo, 1967, y también: *Estructura económico-social de la Colonia*, Montevideo, 1967.

les en el medio rural de la región? Una respuesta a estas preguntas debe incluir, inexcusablemente, el análisis de la articulación dialéctica entre unas relaciones de producción que se extinguen y otras nuevas que las suplantán. Ello habría exigido, como en otras áreas, un debate sin duda fructífero. Nada así ha ocurrido hasta el presente. Trabajar en esta dirección ayudaría, sin embargo, a resolver las dificultades planteadas por la coexistencia de distintos estadios económicos. Estamos lejos, entonces, de tener una visión coherente sobre ciertos periodos de la historia nacional, y no será eludiendo los obstáculos, sino aceptando los desafíos que ellos proponen, que se encontrará la respuesta a los problemas que reclaman la atención del historiador. Así parecen haberlo entendido, si atendemos a sus trabajos, un grupo de investigadores iberoamericanos (12).

2. LAS GRANDES LÍNEAS DE LA PRODUCCIÓN HISTÓRICA URUGUAYA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XX

Sobre finales del siglo pasado, una perspectiva historiográfica explicativa del proceso de formación de la sociedad uruguaya fue abriéndose camino. Surge luego de una azarosa secuela de pronunciamientos y guerras civiles, y tiene como figura consular al historiador Francisco Bauzá. No faltan, en sus escritos de análisis jurídico e institucional, las menciones a las fuerzas económicas y sociales, sobre todo de aquellas que aceleran el ritmo de la crisis experimentada por el régimen colonial (13). Otra línea, que lleva el sello de la historia partidaria, se escinde en dos vertientes.

(12) Vid., por ejemplo, Heinz Dieterich, *Relaciones de producción en América Latina*, México, 1978; Carlos Sempat Assadourian, Ciro Flamarión y otros, *Modos de producción en América Latina*, México, 1977; Luis Vitale, Sergio Bagú y otros, *Feudalismo, capitalismo, subdesarrollo*, Madrid, 1977.

(13) Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, Montevideo, 1929 (2 vols.).

Una ensaya la justificación de las «patriadas» caudillescas; la otra exalta los valores del progreso y el civilismo, entendido todo ello como de exclusivo dominio de una élite dirigente. Es el reinado del hecho, de la «historia-batalla», que no supera el esquema general de la historiografía iberoamericana del periodo. Como ha señalado con agudeza Carlos Real de Azúa, se trató de: «... una historia de abogados, leída por abogados, el argumento jurídico, los criterios de valoración jurídica y el estudio de las instituciones jurídicas campeaban en ella por todo lo ancho» (14).

Así, de un material historiográfico producido por estudiosos de formación casi homogénea, emerge una caracterización unívoca en lo metodológico. Pero aún esta historia, que amenazaba con agotarse en polemizar acerca de la fecha de la independencia nacional, de líneas jurídicas supuestamente prolongadas hasta el presente desde ciertas instituciones coloniales, de la culpabilidad de cada partido político en exterminios provocados por las guerras civiles, o en la reivindicación, a veces demasiado obvia, de algún antepasado patricio, produjo, debe señalarse también, investigadores que delinearon tendencias admisibles para la concreción de una labor historiográfica centrada en los problemas esenciales del pasado.

El primer ensayo de aprehender en su totalidad la historia uruguaya se debe, sin duda, a Eduardo Acevedo, y aparece enclavado en la escuela positivista (15). Es cierto que una metodología hoy incompatible hizo que su obra no superara el nivel de un ordenado archivo de documentos, pero demuestra una clara preocupación por reunir los datos económicos, demográficos, políticos, culturales e institucionales, hecho que parece marcar la ruptura con la tradición histórica

(14) Carlos Real de Azúa, *loc. cit.*

(15) Eduardo Acevedo, *Anales históricos del Uruguay*, Montevideo, 1933 (7 vols.); también, *Notas y Apuntes. Contribución al estudio de la historia económica y financiera de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1903.

precedente. Es, asimismo, imprescindible, mencionar el trabajo erudito de Pablo Blanco Acevedo, que introduce un nuevo aspecto en la significación rioplatense de Montevideo: su tesis de la «lucha de puertos» entre esta ciudad y Buenos Aires al finalizar el periodo colonial, abre nuevos rumbos a la interpretación de múltiples problemas económicos y sociales en la Banda Oriental (16).

Luis Enrique Azarola Gil marca los primeros rumbos —imprecisos y titubeantes— de la historia social (17), camino que será proseguido más tarde por Horacio Arredondo, que extiende a la zona rural la indagación sobre el origen y desarrollo de formas de vida propias del país (18). También Alberto Zum Felde nos ha brindado una versión peculiar de la historia, de ribetes sociológicos, con las obvias limitaciones impuestas por la época y el todavía exiguo material bibliográfico existente (19). El no siempre recordado libro de Carlos Ferrés esboza el tema de la administración de justicia en el periodo colonial, e ilumina muchos aspectos de la sociedad y el clima mental de la época (20).

Pero no se agota aquí el panorama historiográfico de este primer medio siglo. Conviven en él dos tendencias que serán recogidas por la investigación posterior: el trabajo de revisión histórica y la línea marxista. En Luis Alberto de Herrera (21) tiene la tarea

(16) Pablo Blanco Acevedo, *El gobierno colonial y los orígenes de la nacionalidad*, Montevideo, 1929.

(17) Luis E. Azarola Gil, *Los orígenes de Montevideo, 1607-1749*, Buenos Aires, 1933; *Crónicas y linajes de la Gobernación del Plata*, Buenos Aires, 1927; *Los Maciel en la historia del Plata, 1604-1814*, Buenos Aires, 1940.

(18) Horacio Arredondo, *Civilización del Uruguay*, Montevideo, 1951.

(19) Alberto Zum Felde, *Evolución histórica del Uruguay*, Montevideo, 1934.

(20) Carlos Ferrés, *Epoca Colonial. La administración de justicia en Montevideo*, Montevideo, 1944.

(21) Luis Alberto de Herrera, *La Misión Ponsomby*, Montevideo, 1930; *Orígenes de la Guerra Grande*, Montevideo, 1941; *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*, Montevideo, 1943.

de reinterpretación del pasado uno de sus iniciadores, pero los supuestos metodológicos que informan su obra y una preocupación temática excesivamente política, aluden suficientemente a sus cometidos partidarios como para justificar aquí una mención a las precisiones realizadas, para el caso argentino, por Tulio Halperin Donghi: «El revisionismo era, desde su origen, antes que una escuela de investigación histórica, un esfuerzo para sustituir a una cierta imagen del pasado nacional otrora juzgada más apta para justificar ciertas actitudes frente al presente. Ello suponía, sin duda, una concepción de la historia misma en la que la utilidad práctica y actual de ésta tenía primacía sobre su dimensión propiamente cognoscitiva» (22). No obstante, la tarea de revisión de la historia se apoyará en concepciones de mayor modernidad, sobre todo en la producción de historiadores profesionales. En efecto, a partir del Congreso que tuvo lugar en Roma, 1955, donde la escuela de los *Annales* desplegó toda su batería conceptual: estructuras, coyunturas, sociedades, mentalidades, etc., la joven historiografía uruguaya se afilia a esta tendencia, aunque los resultados de esta decisión no han sido hasta ahora demasiado numerosos.

La línea marxista tuvo un pionero en Francisco R. Pintos, cuyo mérito más señalado constituye, sin duda, el haber trazado un camino a seguir por esa corriente. Si bien es cierto que la imagen de la realidad que nos legara desde la aplicación de esa metodología merece reparos, debe mencionarse que se trataba de una época, la suya, de todavía imprecisa utilización del aparato teórico marxista. Esto en cuanto al método, puesto que son visibles la honestidad y el rigor de su trabajo como historiador, que nos ha legado una interesante obra sobre el periodo batllista (23).

(22) Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, 1970, pág. 25.

(23) Francisco R. Pintos, *Historia del Uruguay (1851-1938)*, Montevideo, 1946; *Uruguay: de la liberación al afianzamiento*

La historia partidaria, a su vez, se había escindido en dos vertientes, que contenían sus respectivas hostilidades y aceptaciones para con ciertos hechos del pasado, su galería de héroes y, asimismo, su interpretación de algunas épocas. Lo admirable es que esta historia partidaria se movió, a través de un siglo, utilizando los mismos presupuestos ideológicos. Desde Bernardo P. Berro y Manuel Herrera y Obes hasta Luis Alberto de Herrera, un sector del discurso histórico uruguayo se nos presenta, en consecuencia, como una versión dramática en la cual el Partido Colorado hace esfuerzos por identificarse con la causa de la «civilización», el «progreso», la «ilustración» y, por lo tanto, su adversario político aparece reducido a la «montonera», la «barbarie», la nostalgia del pasado.

Pero también emergió una conciencia de que existía un problema nacional cuyos orígenes reclamaban el esfuerzo de los historiadores, y este hecho ayudó a superar el esquema dualista impuesto por la confrontación de los bandos políticos. La figura de José Gervasio Artigas, sin duda polifacética, portadora de una ideología radical-revolucionaria si se atiende a los perfiles de su época, fue rescatada en toda su significación. Así, pronto su actuación suscitó un fuerte movimiento polémico, y condujo a una revaloración del proceso histórico, al tiempo que las sucesivas variantes interpretativas impulsaron un afinamiento de la actitud crítica. Esta corriente procede ya del siglo pasado, con historiadores como Isidoro de María (24), Carlos María Ramírez (25), Juan Zorrilla de San Martín (26), Eduardo Acevedo (27) y C. L. Fregeiro (28). Teñida de

de la burguesía, Montevideo, 1942; *Batlle y el proceso histórico del Uruguay*, Montevideo, 1942.

(24) Isidro de María, *Compendio de Historia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1864; *Hombres notables de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1939.

(25) Carlos María Ramírez, *Artigas*, Montevideo, 1897.

(26) Juan Zorrilla de San Martín, *La epopeya de Artigas*, Montevideo, 1910.

(27) Eduardo Acevedo, *Artigas. Alegato histórico*. Montevideo, 1933.

una cierta visión de la historia que emanaba de la Constitución de 1830, liberal pero elitista, esta historiografía no podía ofrecer otra imagen de Artigas que la inspirada en su manera de entender el mundo. Surge, por lo tanto, el héroe del civilismo, el ideólogo del federalismo, su ascendencia como caudillo, su comportamiento ejemplarizante. Se trataba, sin embargo, de una personalidad de difícil reducción en los límites de un esquema ceñido a la gesta emancipadora. Juan E. Pivel Devoto nos ha reseñado, en trabajo de imprescindible lectura, las diferentes interpretaciones históricas reunidas alrededor de la figura de Artigas (29). Pero una tal revisión llevaba, inevitablemente, a reconsiderar la revolución oriental de 1811 y también a una indagación más profunda en la historia del período colonial.

3. LA HISTORIOGRAFÍA DESDE 1950

Comenzaremos por señalar que a partir de la segunda mitad del siglo actual, comienzan a percibirse cambios importantes en la investigación histórica uruguaya. Los problemas que debían enfrentar los nuevos estudios eran muchos, debido a las zonas de carencia que presentaba entonces esta historiografía: estructuras sociales escasamente conocidas, procesos económicos complejos que era preciso analizar, mentalidades que aún requieren su estudio en profundidad, movimientos políticos que reclaman un análisis desapasionado. Comienza a delinearse aquí otra dimensión del estudio histórico, al aparecer ciertas corrientes renovadoras.

(28) Clemente L. Fregeiro, *Artigas. Estudio histórico*, Montevideo, 1886.

(29) Juan E. Pivel Devoto, «De la leyenda negra al culto artiguista», en: *Marcha*, Montevideo, junio de 1950-febrero de 1951.

Pero es necesario señalar que la producción histórica recibió un vigoroso impulso en la tarea de Juan E. Pivel Devoto. Su *Historia del Uruguay* fue un paso decisivo e importante (30), aunque su idea de la exposición histórica se muestra muy ceñida a la «vieja escuela», ha participado activamente en los problemas de conceptualización del proceso revolucionario y el período nacional. Es cierto que algunos de estos conceptos están destinados, como hemos anotado antes, a ser objeto de revisión por las nuevas corrientes históricas, pero han constituido una aportación valiosa para generaciones de historiadores, y abierto el camino al debate. Un hito de gran interés en su labor historiográfica se encuentra configurado por su profundo estudio de los orígenes de la revolución de 1811 (31). Por vez primera se atiende a los nuevos problemas históricos —enmarcado todo en un irrenunciable espíritu erudito—, ofreciendo una visión orgánica y comprensiva del proceso económico y las luchas sociales que éste impulsaba. En esa línea de interpretación de la sociedad que se había establecido en la Banda Oriental, se encuentra también un trabajo de Reyes Abadie, Oscar Bruschera y Tabaré Melogno (32), donde se explicitan algunas de las razones que convierten a la región en un nudo de relaciones y antagonismos. El período colonial ha estimulado investigaciones medulares, como la realizada por Aurora Capillas de Castellanos, sobre la historia del Consulado de Comercio de Montevideo (33), y las producidas por la línea marxista, fundadas en una extensa labor de archivo. El equipo

(30) Juan E. Pivel Devoto-Alcira Ranieri de Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental del Uruguay, 1830-1930*, Montevideo, 1945.

(31) Juan E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales de la Revolución Oriental*, cit.

(32) Washington Reyes Abadie, Oscar Bruschera, Tabaré Melogno, *La Banda Oriental. Pradera-frontera-puerto*, Montevideo, 1965.

(33) Aurora Capillas de Castellanos, «Historia del Consulado de Comercio de Montevideo, 1795-1815», en: *Revista Histórica*, t. XXXII, Montevideo, 1962.

integrado por Julio C. Rodríguez, Lucía Sala de Touron y Nelson de la Torre, ha dado a conocer un exhaustivo relevamiento de las formas de distribución y apoderamiento de la tierra en el ámbito de la Banda Oriental. Se amplía, así, la visión ofrecida por la obra de Pivel Devoto, desarrollando sus efectos sociales en la estructura de la Colonia (34).

El periodo artiguista, centro neurálgico de la revolución oriental, cuenta con la edición de un corpus documental que, empeñosamente, ha logrado llevar adelante Juan E. Pivel Devoto. Nos referimos al *Archivo Artigas*, del que se han editado ya veinte volúmenes (35); a esta obra se agrega la extensa *Bibliografía de Artigas*, recopilada por María Julia Ardao y Aurora Capillas de Castellanos (36). Asimismo las investigaciones de Agustín Beraza (37), Eugenio Petit Muñoz (38) —uno de los primeros en señalar la trascendencia del Reglamento de Tierras promulgado por Artigas en 1815—, y Reyes Abadie y su equipo (39), han insistido en las líneas institucionales del artiguismo. Aquí nos encontramos, nuevamente, con las aportaciones de la historia marxista, y entre ellas, la obra de Jesualdo (40), que desde el título mismo anuncia un contenido polémico, en el cual son subrayables la descripción del medio rural y sus reflexiones sobre las

(34) Lucía Sala de Touron, Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez, *Evolución económica...*, cit., y *Estructura económico-social...* cit.

(35) Comisión Nacional Archivo Artigas, *Archivo Artigas* (dirigida por Juan E. Pivel Devoto), Montevideo, 1951-1981 (20 vols.).

(36) María Julia Ardao y Aurora Capillas de Castellanos, *Bibliografía de Artigas*, Montevideo, 1953.

(37) Agustín Beraza, *Los corsarios de Artigas*, Montevideo, 1949; *La Revolución Oriental de 1811*, Montevideo, 1961; *La economía de la Banda Oriental. 1811-1820*, Montevideo, 1964; *El pueblo reunido y armado*, Montevideo, 1967.

(38) Eugenio Petit Muñoz, *Artigas y su ideario a través de seis series documentales*, Montevideo, 1956.

(39) W. Reyes Abadie, O. Bruschera, T. Melogno, *El ciclo artiguista*, Montevideo, 1968 (4 vols.).

(40) Jesualdo, *op. cit.*

diferencias que enfrentaron a la Liga Federal artiguista y el centralismo de Buenos Aires.

La gran contribución, dentro de esta tendencia, será un trabajo que demuestra, de manera definitiva, la aplicación real, y en escala apreciable, del proyecto agrario artiguista (41). Las relaciones entre economía, sociedad y política, afloraron bajo nuevas luces y, claro está, contribuyeron a clarificar el comportamiento de algunos núcleos patricios, y su colaboracionismo con el invasor portugués, tema que estudian los mismos autores en otro libro (42). Dos obras de diferente proyección completan este panorama, forzosamente limitado, de la historiografía sobre la colonia y la revolución. Una de ellas, trabajo menudito, diligente, de tenaz reconstrucción, nos ofrece un cuadro de la sociedad oriental en sus primeras etapas: se trata del libro escrito por Juan A. Apolant, que parte del proceso fundacional de la ciudad plaza fuerte (43). Libro de contenido conceptual, en cambio, el publicado por Carlos Real de Azúa, nos desvela, sobre la base de varios ejemplos, las motivaciones que animaron la actividad de esos primeros criollos surgidos entre los estancieros, comerciantes, navieros, o militares, del Apostadero Naval que fue Montevideo en el siglo XVIII (44).

El periodo nacional presenta etapas claramente diferenciadas por su tratamiento desigual. Inicialmente, debemos consignar que el siglo XIX evidencia, dentro de la época de formación del Estado, asombrosos vacíos; nos referimos, claro está, a la historia científica. Hasta el momento actual, el tramo 1830-1851 aparece como un terreno casi yermo, algo así como un espacio

(41) Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez, Lucía Sala de Touron, *La revolución agraria artiguista*, Montevideo, 1969.

(42) Rosa Alonso, Lucía Sala de Touron, Nelson de la Torre, Julia C. Rodríguez, *La oligarquía oriental en la Cisplatina*, Montevideo, 1970.

(43) Juan A. Apolant, *Génesis de la familia uruguaya*, Montevideo, 1966; *Padrones olvidados de Montevideo del siglo XVIII*, Montevideo, 1966.

(44) Carlos Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, 1961.

ignorado. Ciertamente es que en el ámbito de la historia política tenemos el primer volumen de un trabajo de mayor aliento, cuya autoría pertenece a Pivel Devoto (45), a la vez que una obra suya anterior nunca reeditada (46). Los historiadores marxistas han estudiado los problemas económicos y sociales de los primeros años de la república (47); otros temas, como la aplicación de las pautas de la constitución liberal y la burguesía, han sido analizados en breve, pero sustancial trabajo, por Guillermo Vázquez Franco (48); algunos aspectos de la inmigración en la época se encuentran en nuestro ensayo sobre la emigración canaria clandestina (49). Es exigua la muestra historiográfica que puede ofrecer esta etapa, pese a ello fundamental, para estudiar el surgimiento de las grandes familias en el país, la redistribución de fortunas que se produjo en el espacio histórico de esa conflictiva coyuntura, y el papel de las comunidades extranjeras en el contexto económico, social y cultural de la época, tema hasta hoy marginado en el interés de los investigadores.

La segunda mitad del siglo, en cambio, ha merecido una mayor atención. Periodo, por cierto, clave para la historia del país, pues en él se produce la expansión —podríamos llamarlo mejor transformación— de la ganadería, con la incorporación del ovino a la dinámica exportadora, y se materializa, en consecuencia, una intensa modificación del medio rural. Se hace frecuen-

(45) Juan E. Pivel Devoto, *Historia de los partidos y las ideas políticas en el Uruguay*. t. I. *La definición de los bandos*, Montevideo, 1966.

(46) Juan E. Pivel Devoto, *Historia de los Partidos Políticos en el Uruguay*, Montevideo, 1942 (2 vols.).

(47) Nelson de la Torre, Lucía Sala de Tournon, Julio C. Rodríguez, *Después de Artigas (1820-1836)*, Montevideo, 1972.

(48) Guillermo Vázquez Franco, «1830, Constitución y burguesía», en: *Tribuna Universitaria*, núm. 11, Montevideo, 1963.

(49) Nelson Martínez Díaz, «La inmigración canaria en Uruguay durante la primera mitad del siglo XIX. Una sociedad para el transporte de colonos», en *Revista de Indias*, núms. 151-152, Madrid, 1978.

te la presencia del inmigrante, la entrada del país en pautas capitalistas aparece documentada por una fuerte incidencia de las inversiones extranjeras, por la reorganización trascendente de la acción del Estado; centralización, dominio efectivo sobre el territorio nacional, progresiva extinción del poderío ilimitado del caudillaje. Pese a todo, Uruguay conoce dos revoluciones antigubernamentales en el filo de ambos siglos: 1897 y 1904. Se produce la mutación, en fin, del viejo país cuyas convulsiones políticas inseridas en el marco regional, van desapareciendo para dejar paso a otro, que incorpora nuevas técnicas productivas, que completa el acotamiento de la propiedad privada, introduce la cría de ovejas, al lado de un ganado tradicional que comienza a mestizarse, que se dota de instrumentos de crédito y giro comercial, como los bancos y la Bolsa, que desarrolla sus medios de comunicación modernos.

Existe, por cierto, un terreno con enormes posibilidades para ser explotado con nuevos métodos y nuevos enfoques por la investigación. Están allí los informes oficiales, la prensa, los órganos de expresión de los diferentes grupos económicos y sociales, los anuarios estadísticos, y múltiples fuentes de primera mano que inducen a internarse en los senderos de la historia económica, la historia demográfica y la historia social. Revistas, libros y folletos, así como una extensa bibliografía y documentación de los partidos políticos, y la historiografía escrita por descendientes de familias patricias, alientan al estudio de las mentalidades, a la reinterpretación de la historia intelectual para ciertos periodos.

Ahora bien, un recuento, desde luego no exhaustivo, de la producción histórica aparecida en los últimos años, y cuyo núcleo esencial es la problemática económica y social, nos permite comprender que, pese a la indudable importancia de los trabajos ya realizados, nos encontramos a mitad de camino. Aún así, se han ensayado nuevas direcciones, han surgido centros de

interés, hasta entonces inéditos, y todo ello se tradujo en aportaciones renovadoras. Lo anterior, no obstante, exige algunas precisiones: una frecuentación, todavía incipiente, de las nuevas metodologías, no siempre se ha trasladado con éxito a los ensayos por adherirse a los enfoques de Braudel y el grupo de los *Annales*. La explicación es que no alcanza con la voluntad renovadora; hay que destinar un espacio considerable del quehacer histórico a la incorporación de las novedades metodológicas. ¿Significa esto el abandono del trabajo empírico, de la producción monográfica, de la investigación de los hechos? De ninguna manera: sin el conocimiento de la trama de los hechos, sin la descripción de los acontecimientos, no hay historia posible. Pero la descripción actual debe ser explicativa, debe apuntar a un relevamiento del grado de intensidad significativa de los hechos, si es que aspiramos a obtener una representación del desarrollo histórico dotado de la máxima aproximación posible, no sólo descriptiva, sino también interpretativa.

La atención de este periodo se ha centrado —tal vez como intento de superar las ya mencionadas tendencias de la vieja escuela, pero sin duda con el propósito de analizar problemas del pasado cuya extensión al presente se intuía— en la historia económica, la demográfica, el relevamiento monográfico de la evolución seguida por algunas ciudades, y la atención al desarrollo experimentado por instituciones de vanguardia, como la Universidad, a la vez que en el intento de análisis de algunas parcelas de la historia de las ideas. También, aunque en menor número, algunas investigaciones han intentado enriquecer la visión de la historia política.

Si tenemos en cuenta que el esfuerzo historiográfico aquí señalado se inicia a partir de 1950 —con su máximo punto de desarrollo en la década de los sesenta—, y que, más tarde, por razones de inestabilidad política y quiebra del marco institucional del país, decayó considerablemente en los años setenta, debemos

apuntar que el resultado es reflejo de un intenso interés por los estudios históricos. La historia económica, como dijimos, aparece privilegiada. Sus esfuerzos fundamentales se han orientado hacia el análisis de la evolución del medio rural, sobre todo, el sector ganadero, por razones explicables en un país en el cual los hacendados han conformado un fuerte y activo grupo de presión, a la vez que su presencia se mantiene a la vista en las cifras exportadoras.

Claro está que se trata de un fenómeno que encuentra su origen en la existencia de una región ganadera de gran riqueza potencial; pero los estancieros no constituían el único grupo de presión poderoso. Estaban también allí los comerciantes, por cierto, con experiencia y actuaciones decisivas en la política financiera y la elaboración de opciones estatales; la capacidad de maniobra del sector vinculado al «comercio de tránsito» —tema que aún espera su estudio en profundidad— le proporcionaba un monopolio monetario que, en suma, le permitía someter a los hacendados de posición económica más débil. Para el tema de la transformación del país rural desde la primera mitad del siglo XIX, contamos con la extensa obra de José Pedro Barrán y Baltasar Nahum, *Historia Rural del Uruguay Moderno* (50), producto de una ingente labor de investigación, esforzadísima, si atendemos a las condiciones en que la misma se desarrolla, y que se trata, sin duda, de la más importante en las últimas décadas.

Su propia extensión, no obstante, es producto de algunas vacilaciones metodológicas, y de líneas de trabajo trazadas «sobre la marcha», que obligaron a prodigar esfuerzos en varias direcciones. En el primer volumen de la obra, los autores se han dejado arrastrar por la interpretación de la realidad que les sugería la fuente básica de su investigación entonces: el órgano de expresión de la Asociación Rural del Uru-

(50) José Pedro Barrán y Baltasar Nahum, *Historia rural del Uruguay Moderno*, Montevideo, 1967-1978 (7 vols.).

guay. Esto condujo, incluso, a la utilización de una terminología específica del sector ganadero en el siglo pasado, problema éste que ha sido afortunadamente superado en el desarrollo de los siguientes volúmenes. El tema de la ganadería atrajo la atención de otros historiadores. Libros como el de Alfredo R. Castellanos (51), Aníbal Barrios Pintos (52), o el escrito por el equipo formado por Mario Dotta, Duaner Freire y Nelson Rodríguez (53), constituyen esfuerzos de síntesis que enriquecen la bibliografía de un núcleo de investigación complejo y fundamental.

Asimismo, la historia económica ha concitado el interés por lograr una interpretación global del proceso nacional desde el ángulo de su especialización. En este apartado, hay que destacar el breve pero interesante trabajo de Roque Faraone (54) y los estudios realizados por el Instituto de Economía de la Universidad (55). Ahora bien, el desarrollo de estas obras, proyectadas en el largo plazo, carece de apoyo suficiente en monografías parciales, hecho éste de difícil solución hasta el presente. En el terreno de las inversiones británicas, de suma trascendencia en la evolución del país, remitimos a nuestro trabajo pionero (56), y el que hemos publicado posteriormente (57). El estudio histórico de la banca y el sistema bancario, tan sólo permite la mención de una obra importante, labor de

(51) Alfredo R. Castellanos, *Breve historia de la ganadería en el Uruguay*, Montevideo, 1973.

(52) Aníbal Barrios Pintos, *Historia de la ganadería en el Uruguay. 1574-1971*, Montevideo, 1973.

(53) Mario Dotta, Duaner Freire, Nelson Rodríguez, *El Uruguay ganadero*, Montevideo, 1972.

(54) Roque Faraone, *Introducción a la historia económica del Uruguay (1825-1973)*, Montevideo, 1974.

(55) Instituto de Economía, Universidad de la República, *El proceso económico del Uruguay. Contribución al estudio de su evolución y perspectivas*, Montevideo, 1969.

(56) Nelson Martínez Díaz, *Capitales británicos y ferrocarriles en el Uruguay del siglo XIX*, Montevideo, 1966.

(57) Nelson Martínez Díaz, «Los ferrocarriles ingleses en Uruguay. Desde sus orígenes hasta la crisis del noventa», *Revista de la Universidad Complutense*, núm. 107, Madrid, 1977.

investigación y sistematización de fuentes, realizada por Juan E. Pivel Devoto (58), que será de obligada consulta. Acerca del comercio exterior uruguayo, poca cosa se ha escrito, pese a la influencia del mismo en la vida económica nacional (59). La historia urbana ha sido cultivada por algunos estudiosos, y anotaremos aquí las contribuciones de Alfredo R. Castellanos (60), de Hugo Baracchini y Carlos Altezor (61), así, como un libro de Marta Canessa de Sanguinetti, sobre el viejo Montevideo (62), panorama que se completa con las investigaciones de Aníbal Barrios Pintos para algunas ciudades y regiones del interior del país (63). Esta parcela historiográfica discurre, por lo general, en el plano fáctico y descriptivo, pero contribuye al afinamiento de futuros enfoques para abordar el quehacer del estudioso.

La historia demográfica espera aún el intento de historia global. Contamos con ensayos parciales, como los de Juan Antonio Oddone (64), Oscar Mourat (65),

(58) Juan E. Pivel Devoto, «Contribución a la historia económica y financiera del Uruguay. Los Bancos», en: *Revista Histórica*, t. XLVIII, Montevideo, 1976, y LI, Montevideo, diciembre, 1979.

(59) Como trabajos de enfoque histórico tan sólo pueden mencionarse: Oscar Mourat, *La crisis comercial en la Cuenca del Plata (1880-1920)*, Montevideo, 1973; Nelson Martínez Díaz, «El Uruguay entre dos crisis. Aspectos del comercio exterior», en: *Cuadernos de Marcha*, núm. 23, Montevideo, 1969; Nelson Martínez Díaz, *Librecambio y proteccionismo en el comercio exterior del Uruguay. 1860-1875*, Trabajo Final de Licenciatura, inédito.

(60) Alfredo R. Castellanos, *Historia del desarrollo edilicio y urbanístico de Montevideo 1829-1914*, Montevideo, 1971.

(61) Hugo Baracchini, Carlos Altezor, *Historia urbanística y edilicia de la ciudad de Montevideo*, Montevideo, 1971.

(62) Marta Canessa de Sanguinetti, *La Ciudad Vieja de Montevideo*, Montevideo, 1976.

(63) Aníbal Barrios Pintos, *Historia de los pueblos Orientales*, t. I, Montevideo, 1971; *Montevideo. Los Barrios*, Montevideo, 1971; *Paysandú. En escorzo histórico*, Montevideo, 1979; *Canelones. Su proyección en la historia nacional*, Montevideo, 1981 (2 vols.).

(64) Juan Antonio Oddone, *La formación del Uruguay Moderno. La inmigración y el desarrollo económico-social*, Bue-

Néstor Campiglia (66), Jaime Klazko (67), así como el trabajo realizado por nosotros para el V Coloquio de Historia Canario-Americana (68), y también numerosos análisis que debemos a la sociología, pero que resulta imposible mencionar aquí. No obstante, en un país de inmigración aluvial, es urgente la investigación instrumentada con modernas metodologías, desarrollada por historiadores, para arrojar luz sobre las aportaciones inmigratorias, sus aceptaciones y rechazos por la sociedad, sus vinculaciones económicas, las pautas que incorporaron. Vale decir, conectar la fría historia de las cifras demográficas con la humanizada historia social.

En el plano de la historia política, a la obra ya mencionada de Pivel Devoto, muy poco puede agregarse. El periodo del principismo ha sido estudiado por Juan A. Oddone (69), pero hasta el presente, la época presidencial de José Batlle y Ordóñez ha sido privilegiada por el interés de los investigadores, tanto nacionales como extranjeros. Periodo clave en la transformación experimentada por el Uruguay, aún exige profundizar muchos aspectos de una tan compleja coyuntura histórica. Su gobierno reformista eleva el nivel de la democracia, impulsa mejoras sociales, desarrolla

nos Aires, 1966; *La emigración europea al Río de la Plata*, Montevideo, 1966.

(65) Oscar Mourat, «La inmigración y el crecimiento de la población del Uruguay. 1830-1930», en Oscar Mourat, Raúl Jacob y otros, *Cinco perspectivas del Uruguay Moderno*, Montevideo, 1969.

(66) Néstor Campiglia, *Migraciones internas en Uruguay*, Montevideo, 1968.

(67) Jaime Klazko, «El Uruguay de 1908: su contexto urbano-rural. Antecedentes y perspectivas», *Cuadernos de CIESU*, núm. 42, Montevideo, 1981; «El Uruguay de 1908: obstáculos y estímulos en el mercado de trabajo. La población económicamente activa», en: *Revista de Indias*, núm. 165-166, Madrid, 1981.

(68) Nelson Martínez Díaz, «La emigración clandestina desde Islas Canarias al Uruguay: formas de incorporación social. Ensayo de estudio cuantitativo», *V. Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, 1982.

(69) Juan A. Oddone, *El principismo del setenta. Una experiencia liberal en el Uruguay*, Montevideo, 1956.

una política estatista y de nacionalización de empresas extranjeras, aplicando un conjunto de medidas que se han conocido como el «modelo batllista». Carlos Real de Azúa (70), Martínez Ces (71), Guillermo Vázquez Franco (72), Carlos A. Zubillaga (73), son algunos de los historiadores que se han internado en el análisis de diversos aspectos de la época y la figura de Batlle. Pedro J. Barrán y Baltasar Nahum, publicaron, en años recientes, un excelente estudio de las relaciones entre el poder del Estado, los ganaderos y los inversionistas británicos, desde 1903 a 1910 (74).

La historia social cuenta con escasas muestras. El libro de Carlos M. Rama (75), constituye el primer ensayo de realizar una historia general de estas características para Uruguay; el cuarto volumen de la *Historia Rural*, de Barrán y Nahum, examina los aspectos sociales de las revoluciones de 1897 y 1904 (76), y Francisco R. Pintos, ha publicado la que todavía hoy debe ser considerada como la mejor historia del movimiento obrero en el país (77).

(70) Carlos Real de Azúa, *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo*, Montevideo, 1964.

(71) Ricardo Martínez y Ces, *El Uruguay batllista*, Montevideo, 1962.

(72) Guillermo Vázquez Franco, *El país que Batlle heredó*, Montevideo, 1971.

(73) Carlos A. Zubillaga, *Deuda externa y desarrollo en el Uruguay batllista (1903-1915)*, Montevideo, 1979 (edic. mimeo.).

(74) José Pedro Barrán, Baltasar Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, Montevideo, 1979-1981 (2 vols.). El período de José Batlle y Ordóñez ha concitado la atención de investigadores extranjeros, como Göran Lindahl, *Batlle. Fundador de la democracia en el Uruguay*, Montevideo, 1971, y Milton I. Vanger, *José Batlle y Ordóñez. Pensador, político, historiador, antropólogo*, Montevideo, 1968. Citamos aquí estos trabajos por entender que, si bien no han sido producidos por historiadores uruguayos, constituyen importantísimas aportaciones para el conocimiento del período.

(75) Carlos M. Rama, *Historia social del pueblo uruguayo*, Montevideo, 1972.

(76) José P. Barrán, Baltasar Nahum, *Historia rural... cit.*, t. IV, *Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904*, Montevideo, 1972.

(77) Francisco R. Pintos, *Historia del movimiento obrero del Uruguay*, Montevideo, 1960.

La universidad ha sido objeto de una amplia labor de investigación, y trabajos como los de Blanca París y Juan A. Oddone (78), y el de Arturo Ardao (79), ofrecen una visión de su vida institucional y del alcance que tuvo su magisterio intelectual en la vida nacional. Partiendo de la especialización en filosofía, Arturo Ardao ha llegado a ser un exponente casi solitario en la historia de las ideas. Su obra éditada analiza el desarrollo de las corrientes de pensamiento en el siglo XIX uruguayo —romanticismo, liberalismo, racionalismo, espiritualismo, positivismo—, y en las primeras décadas del siglo XX. Su análisis de las ideas filosóficas de José Batlle y Ordóñez, resulta imprescindible para la comprensión de la actuación del estadista (80). La Historia de las mentalidades, orientación todavía incipiente en la historiografía uruguaya, ha sido ensayada por Silvia Rodríguez Villamil en un trabajo, hasta el presente, sin continuación (81). La problemática de la historia regional, abordada por los jóvenes historiadores, ya permite mencionar algunos resultados. Un libro reciente, importante por la renovación de planteamientos que contiene, es el escrito por Juan Rial y Jaime Klazko (82), y merece, asimismo, una referencia en

(78) Blanca París de Oddone, *La Universidad de Montevideo en la formación de nuestra conciencia liberal*, Montevideo, 1958; Juan A. Oddone, Blanca París de Oddone, *Historia de la Universidad de Montevideo. La Universidad vieja. 1849-1855*, Montevideo, 1963; *La Universidad uruguaya. Del militarismo a la crisis. 1885-1958*, Montevideo, 1970.

(79) Arturo Ardao, *La Universidad de Montevideo. Su evolución histórica*, Montevideo, 1950.

(80) Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, México, 1950; Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico, Montevideo, 1951; *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Montevideo, 1962; *Etapas de la Inteligencia uruguaya*, Montevideo, 1971.

(81) Marta Rodríguez Villamil, *Las mentalidades dominantes en Montevideo. I. La mentalidad criolla tradicional*, Montevideo, 1968.

(82) Juan Rial, Jaime Klazko, *Uruguay: país urbano*, Montevideo, 1981.

este apartado el trabajo del sociólogo Horacio Martorelli (83).

La época posterior a 1930 está siendo objeto de algunas investigaciones. La característica que define a este sector de trabajo, es la primacía de los temas de historia económica, aunque las muestras de tales estudios son todavía poco numerosas, en parte debido a la frustración de la Universidad y también a las escasas posibilidades editoriales en la última década. Señalaremos aquí los producidos por Raúl Jacob, centrados en la crisis de 1929 y sus repercusiones en distintos sectores de la economía uruguaya (84), el balance del desarrollo industrial, desde 1929 hasta la posguerra, de Julio Millot, Carlos Silva y Lindor Silva (85), y un examen de la política económica seguida en el país entre 1973 y 1978, realizado por Pablo Fernández Vaccaro (86). Como para el periodo batllista, el interés de los investigadores extranjeros se ha traducido en un libro importante, en este caso, del británico Henry Finch (87). Una aproximación a las características sociales del Uruguay de posguerra, puede encontrarse en el estudio de Aldo Solari (88), que resulta una aportación de utilidad para un conflictivo periodo.

Por último, hay que distinguir el esfuerzo que ha significado la publicación de una *Historia del Uruguay* en varios volúmenes, esbozada a nivel de generaliza-

(83) Horacio Martorelli, *Urbanización y desruralización en el Uruguay*, Montevideo, 1980.

(84) Raúl Jacob, *El Frigorífico Nacional en el mercado de carnes*, Montevideo, 1979 (edic. mimeo.); *Inversiones extranjeras y petróleo*, Montevideo, 1979 (edic. mimeo.); *Uruguay 1929-1938: depresión ganadera y desarrollo fabril*, Montevideo, 1981.

(85) Julio Millot, Carlos Silva, Lindor Silva, *El desarrollo industrial del Uruguay. De la crisis de 1929 a la posguerra*, Montevideo, 1973.

(86) Pablo Fernández Vaccaro, *La economía uruguaya en el quinquenio 1973-1978*, Montevideo, 1978.

(87) Henry Finch, *Historia económica del Uruguay contemporáneo*, Montevideo, 1980.

(88) Aldo Solari, *El desarrollo social del Uruguay en la posguerra*, Montevideo, 1967.

ción, pero que tiene la virtud de poner al día el conocimiento del pasado, acudiendo, por lo general, a las investigaciones realizadas de acuerdo con los nuevos enfoques (89).

(89) Varios autores, *Historia uruguaya*, Montevideo, 1975 (6 vols.).